

Institute for the New Chile

J - 25

HACIA UNA NUEVA PRACTICA POLITICA EN LA
IZQUIERDA: ANALISIS Y PERSPECTIVAS.

Alejandro Romero

Wijnhaven 25.
1e verdieping.
3011 WH Rotterdam.
Phone: 010-4122114.
The Netherlands.

I N D I C E

INTRODUCCION	pag. 3
PRIMERA PARTE: LA VISION DE LA REALIDAD ACTUAL	
1. El cuadro histórico chileno: ruptura y reordenamiento	8
a) La ruptura en el Estado nacional	9
b) Las clases dominantes	11
c) El sistema de acumulación	11
d) La ruptura de 1973 y la clase trabajadora	12
e) El orden institucional e ideológico	15
2. El cuadro internacional: crisis y reordenamiento	16
a) La crisis económica	17
b) El reordenamiento del sistema capitalista	18
c) La posición de América Latina	21
SEGUNDA PARTE: LA VISION DE LAS TENDENCIAS HISTORICAS Y DE UN PROYECTO SURGIDO DESDE LAS BASES	
1. Las perspectivas de la economía chilena	27
2. Las perspectivas políticas de la burguesía y de las capas medias	28
3. Las perspectivas de las secciones del pueblo	30
4. Las perspectivas de la izquierda	32
5. Criterios y líneas de acción	34
BIBLIOGRAFIA	36

INTRODUCCION

Uno de los fenómenos políticos reconocibles con posterioridad a 1973 en el concierto político chileno es el surgimiento e incremento de grupos y militantes aislados que asumen posiciones críticas, adoptando una distancia de observación sobre su práctica política pasada y sobre las organizaciones partidarias a que pertenecían o aún pertenecen, generando así una creciente "disidencia de izquierda". Para una mente política tradicional y rígida, un tal fenómeno no es más que el consiguiente proceso de despolitización que la derrota de 1973 trajo consigo. Para un observador menos comprometido con los esquemas válidos para el inmediato pasado, ese es un hecho inevitable a través del cual puede desarrollarse una fuerza renovadora o un real proceso de reflujo político. Para un habitante de esa creciente masa disidente, ello no es más que la dialéctica de las cosas, la validación efectiva de la crítica, la oportunidad social e ideológica para poner en marcha los procesos de búsqueda, de renovación, de reajuste del accionar político con relación a una realidad también reajustada, como es la chilena después de 1973. El fenómeno en sí, aunque quizás repetido en la historia política de los últimos 50 años, es, a no dudarlo, el despunte de una posibilidad. Una forma seminal que, si surge rodeada de condiciones favorables puede dar vida a un nuevo movimiento, un segundo aliento, las raíces de otra mística (tan importantes tras una derrota), el origen de un proyecto histórico más ajustado. Si el medio no le es propicio, puede percer fácilmente. Pero toda forma seminal merece atención, sobre todo si surge sobre el movimiento del pueblo e inscrita en su historia; merece respeto por el potencial histórico que contiene, y, para aquellos que -siendo pocos o muchos, que lo mismo da- desde temprano militan en esa forma seminal, exige responsabilidad, integridad, eficiencia.

Lo que diferencia, sin embargo, este movimiento disidente de otros ocurridos en el pasado es que es esencialmente un movimiento de las bases, un desplazamiento y un tensionamiento de núcleos, grupos, militantes aislados. No es un quiebre provocado en las cúpulas partidarias por los jefes, líderes o caudillos, proyectado hacia abajo a través de la mera disciplina partidaria, el seguimiento mecánico de meros seguidores de caudillos. Sería un error óptico hablar de "tendencias", "fracciones", o colgar o exigir etiquetas de identificación en el ámbito donde conversan reconocidos partidos del pueblo; o simplemente preguntar por los jefes de este nuevo movimiento. No es el entorchar de los partidos tradicionales ni la convulsión de sus procesos internos lo que explica, en última instancia, el desarrollo de este movimiento disidente de bases. Si se ha de buscar sus raíces, o sus progenitores, habrá que ir más allá del ámbito de los partidos tradicionales: allí donde el viejo período histórico de la lucha de clases se rompe y cambia, exigiendo, con ello, un cambio en las prácticas políticas de esa lucha. Como se sabe, las bases partidarias son más sensibles a las sinuosidades de la historia y a las inquietudes populares que sus cúpulas dirigentes. En 1973, una ruptura profunda afectó seriamente el universo político de las bases partidarias y del pueblo en general. Ahora comenzamos a ver su reacción. La masa disidente de izquierda es una manifestación de ello.

Pero, en tanto movimiento de bases, involucra algo más que un contraste con los "quiebres partidarios" desencadenados en el pasado por los caudillos y los líderes, o por las controversias de los teóricos "oficiales". Involucra también un proceso -vivo tanto en grupos autónomos de camaradas como, también, individualmente- en que el militante de base se mueve buscando el desarrollo integral de su ser político, estirar toda la estatura de ese ser, tan persistentemente recortada en el pasado por la quasi infalibilidad de las "cúpulas dirigentes", de la política oficial

del partido o las teorías histórico-políticas consagradas. Lo que se busca es reconstruirse como sujeto político, desenajenarse de burocracias e ideologismos, retomar el contacto directo con la realidad actual (concreta y particular) y con el pueblo (el pueblo real, no su mero concepto), y re-fundar o re-ajustar la práctica política. Es este proceso -que no ha de confundirse con la imager corriente de surgimiento de "grupos de estudio y discusión" que vegetan eternamente-, generalmente un proceso callado, interno y lento en sus fases iniciales, el que parece dominar en la gran mayoría de las células germinales de esta masa disidente.

No es, sin embargo, un proceso nacido hoy; ha perfilado ya una cierta historia, delimita ya ciertas etapas y reclama también otras más profundas raíces ideológicas e históricas, que van más allá de 1973. Pertenece a su historia, como en una primera etapa, el intenso período de reflexión que genera el abrupto golpe militar, que viene a cristalizar en discusiones más sistemáticas e intensas principalmente en las cárceles, y campos de concentración surgidos entre 1973 y 1977. Sus primeras células son grupos de prisioneros, estudiantes casi siempre de las "escuelas y cursos" montadas en esos campos: es allí, tal vez, donde entra a percibirse y conceptualizarse la "ruptura histórica" ocurrida, donde se nuclean los grupos disidentes, donde se visualiza un modo más directo de mirar la historia pasada y la realidad presente. Allí se materializó la raíz. Pero una segunda etapa se abre con el exilio en la que las perspectivas se trazan mejor y se definen las relaciones que los grupos disidentes tenían con los partidos. Hay más dispersión, pero más profundidad en el estudio, mayor realismo en las expectativas y en los proyectos para el futuro. Es en el exilio donde la masa disidente se reconoce a sí misma, se busca a sí misma, tanteándose su ser, su base de apoyo, su estatura real, sus posibilidades. Está claro: existe. No importa de qué partido viene, en su mayoría, puesto que no quiere retornar sin más, no a ese partido, sino a una práctica política que percibe obsoleta. Pero, no puede permanecer perpetuamente como mera di-

sidencia, como mera forma seminal. Amorfa y confusa, temerosa y, quizás, resentida. Es que su proceso ha arribado a una tercera fase: necesita dar un paso más, converger más, clarificar más, ganar cualitativamente. En ese punto está hoy.

¿Es una masa aislada? En tanto que forma seminal, sí. Todas las semillas están solas. Sin embargo, no es la única. Hay otras que buscan, que no conocen y generalmente no reconocen las viejas prácticas políticas que perinclitaron en 1973: es la juventud consciente cuya vida "en uso de razón" parte más acá de esa fecha. Esa es otra forma seminal, acaso con mayor potencialidad que la masa disidente (cuya racionalidad o irracionalidad partió antes de esa fecha), posiblemente más creadora, sensible, ~~imaginativa~~ y menos condicionada al temor. Su movimiento, igualmente callado e introvertido, hasta ahora paralelo al disidente, tiende a converger con éste en un futuro previsible aunque no inmediato. Razón de más para que se observen el uno al otro, aprendiendo y enriqueciéndose el uno con el otro. Ninguna forma política crítica y renovante puede expandirse sin el apoyo de las masas juveniles así como el crecimiento político de éstas ^{no} puede viabilizarse por fuera de las tendencias críticas y renovadoras. El tradicionalismo rígido y esquemático le es incompatible.

Y no es eso todo: importantes secciones del pueblo sienten el tajo de la ruptura histórica, sea por la represión implacable sistemática y masiva de que es objeto, sea porque sus movilizaciones "al viejo estilo" se estrellan inermes contra las líneas de defensa que la dictadura militar ha cuidado de establecer en casi todos los frentes institucionales (Plan Laboral, Estatuto Universitario, etc.), y concluye por iniciar la búsqueda de nuevas formas de lucha, otras más imaginativas formas organizativas y tácticas políticas, capaces de eludir las líneas de defensa de su enemigo. Ahí está el "buscador" principal: el pueblo. Hacia allí, o desde allí, también, converge la disidencia como expresión genuina de ese ser social.

práctica desteorizada; buscando reflejar rigurosamente la particularidad local, abandonando el trasplante de experiencias en el tiempo y en el espacio. Lo que se quiere, es hacer hablar la realidad, no re-leer los clásicos (como única práctica teórica); y a partir de eso, adecuar la acción práctica y, por tanto, la táctica, a la realidad concreta, y no a una no-verificada doctrina oficial. En una palabra, se busca un materialismo histórico vivo: no el mensaje frío e inerte del materialismo histórico del pasado hoy objetivado en densos textos y frases hechas. Esta actitud, repetimos, es el sello distintivo de la literatura crítica aparecida entre 1976 y 1980.

El fenómeno "disidente" es, pues, ricamente germinal, pero sensiblemente frágil. Su desarrollo, su desenvolvimiento, su vida dependen -como es lógico- de la ecología política ahora existente en lo general, pero en lo particular dependen del trabajo honesto, eficiente y responsable de sus por ahora escasos militantes o habitantes. Las formas germinales exigen respeto y responsabilidad si es que deben crecer. ¿Podría, acaso, ser de otro modo?

PRIMERA PARTE: LA VISION DE LA REALIDAD ACTUAL

1. El cuadro histórico chileno: ruptura y reordenamiento

El cambio histórico de 1973 no puede medirse sólo cuantitativamente como un descenso y reflujo del índice de movilización de las masas, o de su radicalismo político, que tan elevado grado alcanzó entre 1968 y 1973. No puede entenderse así, cuantitativamente, ya que no es un mero cambio en la correlación de fuerzas entre burguesía y proletariado: es algo más. Es un cambio en la estructura histórica, que altera las posiciones en que se sitúan las clases en lucha, cambiando las reglas mismas de esa lucha. Se trata de una ruptura histórica. No significa esto que se alteran

los elementos fundamentales, es decir, las categorías generales del desarrollo capitalista y el conflicto de clases; sino da su manifestación histórico-concreta, lo que altera el sistema de las categorías reales, vivientes (por ejemplo, la forma específica asumida por el Estado). No es, pues, una ruptura de los procesos esenciales que caracterizan la era del modo de producción capitalista en Chile y de sus contradicciones. No es, tampoco, un mero cambio cuantitativo de fase o coyuntura políticas, como es, por ejemplo, el cambio introducido por el reciente plebiscito y la institucionalización del caudillaje de Pinochet. Es, en una palabra, un cambio del cuadro histórico, que altera el marco de la lucha de clases y del desarrollo capitalista vigente en Chile desde 1861 a 1973.

a) La ruptura en el Estado nacional:

Desde 1861, el conflicto entre el proyecto librecambista y el nacionacapitalista de la burguesía, sin posibilidad práctica de solución, permitió el desarrollo y la consolidación de la democracia burguesa en Chile. El Estado resultante expresó la transacción de ese conflicto, y la transacción concluyó por inutilizar ese Estado como instrumento eficiente para ambos proyectos capitalistas de desarrollo. Maniatada consigo misma, la burguesía invoca las masas para dirimir su conflicto, pero al hacerlo, permite poco a poco la invasión del Estado por parte de dirigentes provenientes de sectores medios y del pueblo. Diversas coyunturas (entre 1920 y 1938) permiten que las clases no-burguesas penetren ese Estado en una significativa profundidad, de un modo que es posible afirmar que, excepción hecha del Ejército, la burguesía perdió el control absoluto de ese Estado, debiendo compartirlo en proporción decreciente. Hacia 1968-69, El Estado burgués (su aparato civil burocrático) era claramente inservible para los intereses estratégicos de la burguesía y el capitalismo. Después de 1970, la posibilidad incluso de una pérdida total era elevada

Un viraje burgués, una revolución burguesa de su Estado tradicional era absolutamente necesaria. Se hace, imponiendo la única fórmula burguesa y capitalista capaz de resolver el problema: imposición de un régimen librecambista y absolutamente pro-imperialista, articulado en torno al aparato militar, desplazando categóricamente la otra sección burguesa y rompiendo la transacción centenaria con ella. No es un Estado "de excepción", porque no es un Estado arbitral, sino claramente capitalista y pro-burgués; ni es un mero "estado militar" (variante del estado de excepción), porque no es la dictadura del mero "estamento" militar sino de la "razón capitalista militarizada". El Estado que surge en 1973 se apoya estratégicamente en las necesidades de supervivencia, reorganización y tensionamiento del capitalismo mundial o multinacional (y no, por consiguiente, sobre los intereses mínimos y oscilantes de las secciones burguesas locales), de cuya posición se beneficia en grado variable la burguesía local. El nuevo Estado obedece a una razón geopolítica más amplia que la estrictamente nacional. Es un Estado "local" de un capitalismo "mundial". No busca, centralmente, apoyo social dentro del país, sino la fuerza lateral de otros Estados capitalistas igualmente re-estructurados. No es extraño, entonces, que milite en el bloque de los llamados "Pariah States" (=Estados Paria o Abominable hoy por hoy vanguardia política y experimental de la razón capitalista militarizada, que busca salvar la crisis económica y enfrentar en mejores condiciones el conflicto con el bloque socialista; que quizás mañana sea, también, un polo de fuerza militar autónomo y autosuficiente. El Estado que surge en 1973 no es una nueva versión del mismo viejo y latamente añadido Estado democrático-burgués chileno, "ring" donde la burguesía peleó su desgano y absurdo conflicto, donde representó su impotencia hasta provocar la subida al "ring" de los espectadores. El cambio, pues, no es marginal, ni planeado, "por si acaso", "a ver si dura". Un dato concreto, fundamental, de la lucha de clases, ha sido modifi

cado. Y eso no puede ser ignorado ni subsumido, con ligereza, en ideas tradicionales.

b) Las clases dominantes:

De consiguiente, las clases dominantes cambian su posición frente al Estado, y también recíprocamente. Ya no luchan por ese Estado, o segmentos de ese Estado, para vestir mejor sus intereses específicos, que, pese a su diverso grado de militancia pro-imperialista, estaban perfectamente encapsulados dentro del radio nacional del capitalismo. Ambas secciones habitaban ese Estado, explotándolo, y disputándose dentro de él. Ahora no lo habitan: fueron desalojados, técnicamente (no como clase), por los militares y por los estrategias internacionales del capitalismo, quienes son, ahora, los que toman las decisiones. Pero, con todo, se benefician de ello, ya que, aunque de un modo indirecto (el nuevo Estado cuida más el capitalismo como sistema que a los grupos burgueses concretos que monopolizan los medios de producción y la ganancia), la nueva solución está pensada, como un regalo, para ellos. Asimismo, el plano de igualdad y horizontalidad de su conflicto, típico antes de 1973, da paso ahora a una relación vertical, escalonada, puesto que el nuevo modelo es la imposición de un proyecto de desarrollo y no la SINTESIS de dos o más, que beneficia de un modo desigual a los patrones, creando un eje para otro tipo de conflictos. El Estado sigue siendo burgués, sin duda; pero la articulación de sus componentes tecnocráticos y de clase ha cambiado radicalmente.

c) El sistema de acumulación:

El sistema de acumulación tradicional del capitalismo chileno no ha experimentado, también, un cambio fundamental, en cuanto una de sus componentes asociadas se desarrolló como absolutamente dominante: la librecambista y la integracionista al capitalismo mundial. La estructura acumulativa que combinaba, de un lado, un Estado expandido, protector, inversor y agente negociador con el imperialismo, y, de otro lado, un sector productivo protegido, con

escasa capacidad exportadora y fuertemente dependiente de las divisas y de la tecnología extranjeras, es erradicada. En lo esencial, la nueva estructura acumulativa especula con la idea de que una participación directa en la economía metropolitana (economías centrales), renunciando a las mitologías nacionalistas (en lo económico), permitiera no sólo participar de su desarrollo sino también de su respaldo estratégico-militar. La actual tendencia integradora del capitalismo, acicateada por los fantasmas de su crisis actual, favorece ese tipo de soluciones. El capitalismo mundial está claro en que las relaciones metrópolis-satélite () son un peligro a mediano plazo, y necesitan superarlas descentralizándose y homogeneizándose. Por diversos conductos, determinados países subdesarrollados serán desarrollados o favorecidos en el próximo futuro, si este tipo de soluciones se mantiene. El nuevo tipo de acumulación "nacional" no puede definirse adecuadamente sin tomar en cuenta las re-ordenaciones que el capitalismo está introduciendo en su propio campo. Y ciertamente, está más cerca que otros modelos intentados en el pasado, de generar un desarrollo capitalista, probablemente limitado pero coherente e internacionalmente integrado.

d) La ruptura de 1973 y la clase trabajadora:

La ruptura de 1973 se tradujo en un hecho contundente para la clase trabajadora. Fue expulsada abruptamente de un Estado burgués al que se había habituado a infiltrar, y de un orden institucional que ella, gradualmente, fue volcando en su beneficio. Los múltiples resquicios ofrecidos por el aparato estatal e institucional burgués del largo período 1861-1973 -que no ofreció una resistencia enconada al lento proceso de invasión por parte del pueblo y los sectores medios-, se cerraron herméticamente, haciéndose químicamente capitalista y excluyentemente burgueses. En la medida en que el pueblo se desarrolló social y políticamente, a la sombra y en los intersticios ofrecidos por la vieja estrategia burguesa, el cierre excluyente de esos espacios en 1973 des-institucionalizó al pueblo. Fue volcado a sí mismo. Se

encontró a sí mismo como clase al desnudo. Sus líderes^{se} eclipsaron y ya no tronaron sus discursos o sus directivas en las tribunas del parlamento burgués; sus periódicos debieron clanestinizarse y trabajar bajo fuerte compresión; sus superestructuras sindicales se vieron cogidas en el cepo de hierro de una institucionalidad laboral construida para defender el capitalismo y no el pueblo; sus partidos políticos vieron rota su espina dorsal, alargada entre el sindicato de fábrica y el Parlamento o la Presidencia. Su ideología principal, su estrategia tejida y elaborada trabajosamente en un siglo de luchas con un Estado burgués confundido consigo mismo, se añejó repentinamente, como una letra inerte sin capacidad de engendrar vida. Indudablemente, el pueblo ha vivido un repliegue, un reflujo, un retroceso, pero no en el sentido literal que estos términos indican; en verdad, es una retirada a una posición diferente, pese a evidenciar y testimoniar el repliegue, es una posición menos engañosa, ya que el pueblo puede verse y sentirse a sí mismo mejor. Un terreno menos fangoso y movedizo, menos laberíntico, menos ajeno. Más propio, aunque más difícil. El verdadero terreno proletario. La ruptura de 1973, pues, cambió al pueblo de su sitio acostumbrado en los últimos decenios. El cambio mismo, sumado al hecho físico de una represión sistemática, dejó su haz de vanguardias en una situación deteriorada y deslocalizada: los partidos proletarios, institucionalización construida sobre o entre el follaje institucional burgués, se encontraron repentinamente cargando una dosis alta de disfuncionalidad frente a un Estado ahora sin resquicios, y al frente de un pueblo que cambió su posición. La izquierda partidaria trató, en un primer momento, de reorganizarse acercando el mismo viejo esqueleto que había traído del período anterior a 1973; pero, ni pudo amenazar la fortaleza enemiga seriamente, ni pudo servir de medio de expresión y de acción para la masa popular. La primera solución, de esencia continuista y de tinte conservador, concluyó, simplemente, por multiplicar la incertidumbre y engrosar las

filas de la masa disidente. Es que la mera inercia del pasado, aun endurecida, no podía sino ser frenada por una situación cualitativamente cambiada. A la represión y la deslocalización, se agregó el sinsabor político de la crisis, es decir, una enfermedad propia, un mal de las vanguardias. Su crisis estructural. La percepción de esa crisis, de un vacío de conducción, se ha ido extendiendo por la Izquierda chilena. Algunos persistentemente ortodoxos y continuistas verán en esa expansión el desarrollo de una infección peligrosa, y la denunciarán. La combatirán. Pero también puede entenderse como la irrupción de sangre fresca al interior de venas azotadas de pronto por una sequía política. Está claro que el problema de relación entre las vanguardias y el pueblo no está resuelto, y no lo estará, probablemente, en el futuro inmediato. Con todo, sería un error hacer de eso un motivo de profunda aflicción. No se trata de llorar las angustias de los partidos, sino de celebrar la reunión del pueblo consigo mismo, de incentivar el desarrollo de una institucionalidad popular propia, base del "poder popular" (al parecer, la única categoría política plenamente rescatable del pasado). Las condiciones están dadas -y sería ser ciego no verlas- para la real aparición de una mayor autonomía de las masas y de las bases, por un tiempo cuyo término es de difícil predicción. Detectar ese hecho y convocar la atención sobre él no significa dejar de ser leninista y hacerse luxemburguista; no se trata de apostasiar de nada, ya que es simplemente la realidad la que ofrece las condiciones óptimas para que esa autonomía se constituya: el Estado burgués (eficiente embaucador de las masas en el pasado) y las vanguardias partidarias (¿por qué no reconocer el peso enajenante de sus superestructuras burocráticas y sus esquemas ideológicos rígidos?) han recortado o han visto recortarse su poder alienador y objetivado de las masas del pueblo. Y ese Estado no cambiará próximamente previsiblemente su categórico exclusivismo burgués, ni esas vanguardias hallarán las condiciones para reconstituir el techo que en su nombre propio sofocaba a las masas. No se trata, sólo, a

- 1 -

partir de ese hecho, concluir que las vanguardias partidarias deben ser abandonadas, destituidas, o combatidas políticamente; no, lo que se necesita es, simplemente, señalar la necesidad objetiva de un discurso y un proyecto político reformulados, reajustados, en el sentido de favorecer, precisamente, el despliegue de esa mayor autonomía de las masas. Este es el cambio que la ruptura de 1973 desencadenó, y tiende a desencadenar en el seno del pueblo y de sus vanguardias partidarias. Un retorno a los arquetipos del pasado (los partidos como vanguardias efectivas, el pueblo siendo conducido por ellas) parece posible y necesario, pero no en el presente ni el futuro previsible, sino sólo en el más distante.

e) El orden institucional e ideológico:

También ha sido alterado el orden institucional e ideológico. Antes, el aparato institucional tendía a ensanchar sus canales de servicio para dar cabida a los intereses de todos (cierto que sirviendo, de todos modos, de una manera socialmente desigual transformándose en densas, pobladas y frondosas estructuras burocráticas, que conducían mal las decisiones de sus cimas y servían peor a los planes o estrategias diseñadas para el desarrollo. Hoy el aparato institucional ha acentuado su carácter capitalista-burgués por doquier, se reduce y agiliza para vehiculizar fluidamente las órdenes, los esquemas y la corriente del poder. Se ha hecho funcional, eficiente y gobernado férreamente tanto por esquemas estratégicos del interés capitalista como por la aritmética simple y dura del autofinanciamiento. Nada o poco de él puede ser proclamado como propio o como apropiable por el pueblo: todo está hecho para herirle. Son armas enemigas. Sólo muy específicos subsistemas institucionales escapan parcialmente de esta revolución institucional burguesa: cierto tipo de empresa privada, el aparato eclesiástico. El valor de eso, debe ser evaluado. Frente a ese cambio profundo, tradicionales encuadres ideológicos tienden a la obsolescencia y a la crisis: la ideología desarrollista de CEPAL, la comunitarista de la D.C., la misma teoría (en verdad, ideología) de la dependencia, desarticulada irremediabilmente por la crítica

y recientemente corrientes centrales de la Economía Política capitalista. Viejos soportes de los sistemas de acción de los grupos sociales, de sus estrategias de largo plazo y sus tácticas para el tiempo corto, son violentamente refutadas, arrinconadas, y declaradas fuera de uso. El resultado es un vacío que clama, precisamente, un reajuste del cuadro ideológico. Una revalorización del método, de la verdadera ciencia (no de su mero amateurismo) y aun de un cierto pragmatismo eficiente, hacen sentir su necesidad. El pueblo, desinstitucionalizado, debe imperativamente levantar su propia institucionalidad y releer de nuevo científicamente la realidad que hoy lo constituye. La simultaneidad que requieren ambas tareas no es una tarea doblemente pesada: es una feliz casualidad ya que exige fusión concreta de la teoría y la práctica, para diseñar la estrategia de la revolución chilena.

2. El cuadro internacional: crisis y reordenamiento

Si para Chile el año 1973 trajo consigo una trascendental ruptura histórica, para el capitalismo mundial ese tiempo-eje también ha existido, sólo que, conforme los hechos fundamentales, se extiende entre 1967 y, muy probablemente, 1980. Y no es sólo que la economía y el cuadro político internacionales experimenten una nueva fase de los típicos movimientos cíclicos recurrentes del capitalismo. No se trata sólo de una nueva recesión, una nueva crisis o de una crisis intercíclica. El tiempo-eje que está viviendo el capitalismo es un tiempo de cambios fundamentales, que están configurando formas sustantivamente diferentes de las del llamado, incluso, capitalismo monopolístico; todo ello con fuertes repercusiones en la esfera política, militar y diplomática. Ponderar este tiempo-eje, medir sus límites y magnitudes, parece ser hoy una tarea urgente, por lo riesgoso que resulta tanto ignorar su existencia, como acentuar sus tintas hasta confundirlo con el "inicio del fin" del sistema capitalista. Sin embargo, este ciclo de cambios parece no reducirse sólo a este sistema. También en el llamado "campo socialista", diferentes juegos de presiones y situa-

ciones críticas tienden, por lo menos, a debilitar los esquemas tradicionales. En el conjunto, la suma integrada y dialéctica de rupturas, cambios y alteración de posiciones, junto a movimientos cíclicos de tipo tradicional, componen un cuadro esencialmente cambiante, en el que las predicciones y pronósticos -si bien todavía posibles- tienen un grado elevado de aleatoriedad e inseguridad. La relativa imprevisibilidad del futuro mediato, el desarrollo eventual de una sicología de la inseguridad o del enardecimiento, indican que ese futuro, como quiera que se desenvuelva, estará salpicado de hechos profundamente dramáticos, algunos de ellos probablemente ingobernables. La tensión internacional tiende a aumentar en un momento en que la interdependencia de los países de las economías y de los sucesos está alcanzando un grado considerablemente elevado. El proceso de ruptura y reordenación del cuadro internacional ostenta no sólo cambios sustanciales, sino también una fuerte dosis de incertidumbre hacia el futuro.

a) La crisis económica:

Se ha determinado que: desde 1967, la tasa de ganancia media del capitalismo desarrollado viene declinando; que, desde 1970, la tasa de inversión en R&D (research and development, o sea, en investigación para el desarrollo de las fuerzas productivas) ha declinado constantemente en razón inversa a sus costos crecientes; que desde igual fecha, el sistema monetario internacional pierde seriamente la fluidez necesaria para las necesidades de todos los sectores del sistema; en fin, que, desde 1974, el desbocamiento de la oferta petrolera ha desarticulado los sistemas de costos y desatado una crisis energética cuya solución sólo parece factible con una nueva revolución industrial, esta vez inducida, en un plazo no mayor de 20 años. Ante estas y otras evidencias, los países desarrollados endurecen sus posiciones frente a los países del Tercer Mundo (al menos en las negociaciones en bloque), se agrupan tras mercados regionales, coordinaciones sectoriales o meramente tras resurgientes nacionalismos económicos. Ante eso, difícilmente puede detenerse el desliz depresivo

y el incremento de las tasas de cesantía en todas partes. Las tendencias que, desde 1944, tendían y tienden a integrar el capitalismo de un modo funcional bajo la conducción de poderosos organismos financieros supra-nacionales, van obstaculizado su trabajo pese a los esfuerzos y a los éxitos parciales. El impasse, hecho visible hasta convertirse en un difícil monstruo, restaura en parte la libertad de iniciativa de los grandes polos económicos y financieros, que se lanzan en negociaciones bilaterales con determinados países del Tercer Mundo, ora buscando mercados de respiro ora asegurando el aprovisionamiento energético, ora exportando mercancía de alto valor económico y estratégico (industria nuclear, por ejemplo). La crisis, pues, anunciada claramente en determinados indicadores claves, se compone también de un cierto policentrismo surgido dentro de una tendencia general a la integración capitalista. Es preciso conceptualizar ese policentrismo (o restauración parcial de los nacionalismos económicos) como un conjunto de soluciones de corto plazo que ganan tiempo mientras se planean y ejecutan soluciones de más largo plazo. Algo menos que una respuesta anárquica y desesperada, es preciso ver eso como una demostración de la capacidad y elasticidad capitalista para responder a las fisuras que abren sus contradicciones centrales. El desafío al que se enfrenta es considerable, y una parte de la crisis que se percibe son los bruscos movimientos del monstruo, que siente de pronto la tierra movediza bajo sus pies, y que, a través de esos movimientos, tiende a buscar mantener su equilibrio normal. Y aun, puede fortalecer ciertos músculos claves, como son determinados bolsones de economías hasta ahora o hasta hace poco sub-desarrolladas. Diagnosticar esta crisis exige ser extremadamente prudente.

b) El reordenamiento del sistema capitalista:

La crisis y el reordenamiento del sistema económica capitalista (un solo proceso transicional y no una etapa de crisis seguida tras otra de reordenamiento) han ciertamente debilitado en alguna medida la coherencia y la univocidad del accionar po-

lítico del capitalismo, particularmente en la fase 1974-80. De un lado, la unidad de mando superior experimenta un fuerte deterioro al debilitarse notoriamente el liderazgo norteamericano, como efecto de su deficitaria balanza de pagos, su desastre militar en Viet-Nam y su crisis política interna expresada en el incidente de Watergate. La profundidad de la crisis de liderazgo "a un solo país" parece determinar que el capitalismo ya no se reordenará alineado detrás de su potencia principal, y que buscará fortalecer estructuras de poder en diferentes regiones del mundo, autosuficientes y con cierta autonomía, sustituyendo el viejo modelo de "dominación yanqui" por una coordinación paritaria del naciente policentrismo político-militar. Tal mutación es coherente con la tendencia (o mejor dicho, el imperativo) económica a la integración de los espacios capitalistas. Pero el cambio que se está produciendo a ese nivel fue y es lo suficientemente profundo como para haber decretado la obsolescencia de algunos esquemas estratégicos norteamericanos, como por ejemplo los relativos hacia América Latina; como también el debilitamiento de ciertos grupos de la dirigencia norteamericana, que de un modo u otro eran los más pragmáticos, duros y eficientes al interés capitalista. Este relativo desconcierto, que se extendió, como dijimos, entre 1974-y 1980, permitió no sólo un movimiento de avance del proletariado mundial (el mejor exponente: Nicaragua), sino -y no menos importante- la formación de bloques político-militares autónomos, que marcaron una línea política de extrema derecha con un relativo éxito en varios planos: el llamado "síndrome de los Pariah States", por ejemplo, que, por momentos, se constituyó en una vanguardia política para el conjunto del capitalismo. El "síndrome de los Pariah States" puede estimarse un hecho consumado, un hecho audaz y vanguardista que, pese a su ^{oscuro} record en el respeto a los derechos humanos, ha demostrado y producido varios cambios sustantivos: 1) ha demostrado la conveniencia y efectividad de polos político-militares autónomos, e decir, la bondad de un régimen policentrista coordinado; 2) ha

señalado un camino para la recuperación de la coherencia y univocidad políticas del capitalismo mundial (bien que en base a su ala más reaccionaria y extremista), que naciones como Inglaterra y ahora el propio USA están mirando con creciente interés "técnico"; 3) ha avanzado un paso importante, político-militar, que refuerza y en cierto modo obliga al capitalismo desarrollado a implementar políticas de desarrollo económico efectivo para esos polos, sobre la base de los esquemas de integración capitalista.

La eventual transformación del "síndrome de los Pariah States" en un bloque con poder atómico agrega un factor de fuerza mayor aún, por el poder que eso daría para incidir independientemente de la OECD o de la OTAN en la marcha política del capitalismo mundial. El relativo éxito de un Pinochet en Chile tiene, pues, un efecto encadenado en la reordenación de los esquemas políticos del capitalismo mundial. No sería muy aventurado decir que el citado "síndrome" ha servido de pivote para la recuperación del ala derechista en varias zonas del capitalismo mundial, como hoy se ve, con la consiguiente aparición de fenómenos de enardecimiento político de las alas derechas en todas partes; sig que no debe dejar de preocupar..El vacío estratégico surgido entre 1974 y 1980 tiende, así, a cerrarse dando lugar a la constitución de una ofensiva política y probablemente militar que, en lo general, consolidará el "síndrome" ~~señalado~~ en varios otros sentidos. Esta reorganización política del capitalismo mundial (repetimos, un fenómeno peligroso por la irracionalidad que contiene: considerar caso del Salvador) se hace sobre la base de su ala más reaccionaria y con apoyo central en los aparatos tecnocráticos y militares. Tal definición, por su naturaleza, no puede sino determinar una mejor agrupación y coherencia de planteamientos de las alas liberales y democráticas (los "viejos demócratas"), que, atados política e ideológicamente están procurando y procurarán en lo sucesivo alcanzar también una adecuada coordinación mundial. El cohesionamiento y la recuperación políticas del capitalismo no se hace, pues, sino generar a su espalda

una diferenciación que seguramente irá más allá de una discrepancia de opinión. La existencia de esa disidencia por la espalda le quita, si no fuerza a la ofensiva en ciernes, por lo menos le resta longitud al sostenimiento de la ofensiva. Pero el chaparrón viene. ¿Y qué ocurre en el llamado campo socialista? Ciertamente, ha tenido avances no despreciables en la década de los setenta entre algunos países del Tercer Mundo, suficientes como para hablar de un "cierto terreno ganado"; pero tiende, en cambio, a perder su coherencia y univocidad políticas, sobre todo en su plano interior en que viejos esquemas, crecientemente opresivos hoy, se ven presionados por un movimiento de bases que exige mayor participación y mayor democratización efectivas. No es difícil ver el desenvolvimiento oscilante de la coyuntura mundial, de conjunto; la sucesión de ciclos que favorecen, alternadamente, a signos opuestos; la existencia de una confrontación horizontal entre grandes bloques, entre cruzada con crecientes conflictos verticales al interior de cada bloque. En un cierto sentido y en una cierta medida, las enormes superestructuras de poder que juegan su ajedrez mundial tienden a cansar sus propias bases sociales. La guerra fría y los intereses estratégicos oprimen y sofocan cada vez más las masas, que, de un modo progresivo, buscan y pugnan por lograr mayor autonomía, acceso a una capa superior de aire puro, solidario, a la vez que un vasto movimiento ^{pacifista y humanista} ~~pacifista y humanista~~, de diversos signos, se extiende por todo el planeta. La correlación mundial entre bloques es claramente oscilante y cada vez más tensa, y es difícil predecir quién acumula un mayor score; pero en términos de clase, sin duda, es el proletariado, donde se percibe una creciente presión desde las bases. Este último fenómeno es, sin lugar a dudas, el que debiera interesarnos en mayor proporción.

c) La posición de América Latina:

Paradojalmente, América Latina tiende a mejorar su posición como ~~el~~ continente capitalista dentro del sistema mundial, en razón de los problemas propios que contiene el tiempo-eje por el que atraviesa ese sistema; ello, dentro de un proceso extraordinario.

riamente complejo e igualmente oscilante. La crisis que en el plano económico vive el capitalismo ha puesto de relieve el hecho de que América Latina es el principal y prácticamente único espacio de reserva capitalista al que se pueda recurrir para remontar esa crisis. Casi del mismo modo, es la principal área del Tercer Mundo que pueda devenir en una potencia político-militar capitalista con capacidad de alterar los esquemas estratégicos tradicionales y de incidir en la marcha futura de los acontecimientos. El tiempo-eje que se vive ha puesto en evidencia ambas realidades, y esa evidencia no puede sino alterar el concepto de América Latina para los países desarrollados, que ya no pueden seguir viendo allí un mero continente neo-colonial al que se puede y debe explotar casi en los términos del colonialismo del siglo XIX. Hoy debe ser mirado como un socio potencialmente rico, y como aliado. Este cambio de posición de América Latina con respecto al mundo capitalista tiene, como es obvio, repercusiones significativas para el conjunto de las teorías corrientes sobre el "fenómeno" latinoamericano, como la teoría de la dependencia. Con todo, ese cambio de posición no ha sido un proceso lineal: partió con la crisis de los modelos desarrollistas tipo CEPAL y tipo Alianza para el Progreso, lo que abrió camino a una estrategia radical de regímenes militares adscritas a la Doctrina de la Seguridad Nacional (en tanto que obedientes al mando militar yanqui), pero con estrategias económicas no claramente definidas (considerar las diferencias entre Brasil, Argentina y Chile). Este cambio del esquema estratégico norteamericano hacia América Latina, que se ejecuta entre 1964 y 1976, más o menos, conservó aun este continente sujeto a una posición de mera dependencia frente a la nación líder del capitalismo mundial; pero la evolución de la crisis económica reseñada más arriba, unida a la evolución del proceso político capitalista (ver párrafo anterior), determinaron la emergencia de varios hechos que obligaron a alterar el esquema estratégico 1964-76. Anotemos estos hechos: 1) debilitamiento del apoyo norteamericano a esos regímenes militares que, por la opinión pública mundial, se convier-

- 25 -

ten en Estados Abominables ("Pariah States"). Esos regímenes buscan, por lo tanto, sostenerse sobre la base de dar vida a un bloque autónomo (en términos político-militares), yendo más allá de lo previsto y "permitido" en esa estrategia original; 2) la decidida conversión de Brasil hacia una potencia económica capaz de producir y vender armamento militar convencional (en un afán de incrementar aun más su tasa de desarrollo), aparejada a su independencia nuclear, decisiones que encuentran el "inesperado" apoyo de ciertas potencias europeas (no previsto) y que refuerza la autonomización de los "Pariah States". Esta decisión brasileña es seguida inmediatamente por Argentina, su rival tradicional del Sur, mientras que Sudáfrica (otro Paria) busca alianzas a este lado del Atlántico; 3) los países petroleros latinoamericanos (especialmente México y Venezuela) adquieren, por ser tales, un considerable poder de negociación y una cuota no despreciable de influencia en la neurálgica política petrolera mundial, por su pertenencia, orgánica o no, al club de los petroleros. Ello ha permitido el surgimiento de polos económicos y centros de influencia no considerados tampoco en la estrategia 64-76; 4) los proletariados centroamericanos y caribeños, cansados por siglos de tiranía, se lanzan en una ofensiva que aumenta a medida que la crisis de la señalada estrategia se acentúa después de 1976; 5) los países desarrollados, acosados por la crisis y la recesión, procuran expandir sus inversiones en el exterior, ahora en términos menos dependentistas que antes y más integracionistas, hallando, precisamente, facilidades en los regímenes militares que, luego de una política económica inicial "variable", tienden a la ortodoxia librecambista y monetarista del FMI (con la excepción de Pinochet que había partido en la posición correcta). El conjunto de estos 5 hechos fundamentales convergen en la ruptura parcial, pero sustantiva, del control yanqui sobre la zona, sea por ofensivas de extrema derecha (Cono Sur), meramente económicas (países petroleros) o proletarias (Centroamérica). El efecto ha sido un alza en el status hemisférico de América Latina en lo que el rol de los países europeos ha sido y será considerable. Es sobre este esquema

que se ha comenzado a constituir la nueva estrategia capitalista para América Latina, que, con toda seguridad, constará de 1) aceptación y mayor consolidación del "síndrome" Cono Sur (Pariah States en general); 2) ofensiva político-militar en América Central, balanceada quizás por una ofensiva inversionista de Europa, en los países hoy sacudidos por las luchas proletarias; 3) intento de infiltración de las economías petroleras de México y Venezuela, unida a intentos paralelos de desestabilización política, contrabalanceados, quizás, por intentos opuestos de la socialdemocracia capitalista; 4) incremento de las inversiones capitalistas en países adecuados o claves, con un efecto global de desarrollo del sistema latinoamericano a tasas superiores que la OECD; 5) desestabilización de otras democracias marginales (Perú, Ecuador, Colombia, Costa Rica). En cuanto a la perspectiva proletaria, se aprecian, también, cambios sustantivos que son diferentes según cada subregión, marcando el conjunto la apertura de un período difícil. En el Cono Sur, se cerró un marco de lucha propio de esas economías urbanas semi-industrializadas en la fase de descomposición de la democracia y de los populismos burgueses, marco que caracterizó el largo período 1930-1976. Las tácticas sindicalistas, electorales, parlamentarias, de movilización callejera y lucha reivindicativa se han tornado, por de pronto, ineficientes y a veces imposibles. Para el proletariado del Cono Sur -que incluso experimentó el fracaso de la guerrilla urbana en Argentina y Uruguay, sus dos versiones más eficientes- se abre un ciclo difícil, que enfrenta la represión sistemática con la necesidad de definir una nueva táctica y estrategia, capaces de ser eficientes en la nueva situación. En América Central y el Caribe, aun permanece abierto el período en que es posible poner en práctica y desarrollar las tácticas propias de las economías de plantación o de cultivos tropicales, abiertas o iniciadas en la década de los 30, exitosas en Cuba, Nicaragua y también en otros continentes y que ahora deberá afrontar una ofensiva que se aproximará, quizás, a la situación de Viet-Nam. La vigencia de esta táctica -guerrilla rural más que urbana, en

base a un proletariado que integra automáticamente la mayoría de los trabajadores rurales y urbanos- en América Central, determina que el centro de gravedad de las luchas de clases latinoamericanas, en términos de la decisividad de la lucha, se traslada del Cono Sur hacia esta zona, mientras aquélla vive el repliegue y la reactivación luego de la coyuntura favorable 1960-1976.

Por último, está el proletariado de los países andinos y petroleros, de industrialización más tardía y con campesinados fuertes, que viven aun las posibilidades revueltas que ofrece una democracia burguesa que se mantiene viva sólo por factores coyunturales y la opinión externa, en un marco que era apropiado más bien para el período anterior a 1976. Esos proletariados cuentan aun con espacio y tiempo para organizarse y definir sus líneas de lucha: la prolongación allí de sistemas democrático-burgueses les es propicia. Estos tres diferentes marcos de lucha señalan la heterogeneidad de la situación latinoamericana, pese al cambio conjunto de posición en el concierto mundial. Las posibilidades y las tareas de esos tres grandes tipos de proletariado son, pues, diferentes en lo específico, aunque homogéneas en lo genérico. Ambas cualidades deben ser seriamente consideradas. Las generalizaciones no ayudan a resolver el problema.

SEGUNDA PARTE: LA VISION DE LAS TENDENCIAS HISTORICAS

Y DE UN PROYECTO SURGIDO DESDE LAS BASES

Los tiempos que se viven contienen, probablemente, procesos de cambio más profundos que los ocurridos en las décadas de las "ideologías de los cambios" (los años 50 y 60), en tanto hoy lo que se modifica o debe ser modificado, son las macro-estructuras capitalistas, tanto económicas como político-militares. La mayor parte de esos cambios macro-estructurales no están siendo provocados, como es obvio, por las clases proletarias y la masa del

pueblo, sino por la más alta tecnocracia capitalista. Y ejecutados en el terreno por los militares. Pero esos cambios modifican la posición de la explotación capitalista, y elevan el grado de la represión y de la plusvalía absoluta; es decir, revuelcan al pueblo para explotarlo desde otro costado y más cómodamente, incluso, más desembozada e inescrupulosamente. Con estos cambios, las propias superestructuras del pueblo, que levantaban su organismo dentro del aire enrarecido de los escrúpulos capitalistas (materializados en la democracia burguesa), se ven hoy afectadas. Los tiempos son, pues, tiempos para la reorganización de las masas populares en términos que ya no pueden ni confiar ni contar con grandes aparatos superestructurales, fueren propios, o ajenos. Las masas ya no pueden, salvo con extrema dificultad y peligro, constituirse como tales, es decir, como masas combativas en las calles. Tal como las descubrieron, con espanto, hacia 1920, Ortega y Gasset, Jaspers, Le Bon y otros pensadores de la época. Tal como supieron entenderlas y conducir las Lenin, Trotsky y, desde el otro lado, Hitler. Tal como las entiende el agitador de masas que emergió a lo largo de los años 20 y 30; tal como lo entendió la propaganda para masas, el discurso para masas, el lenguaje para masas, etc. Las masas, hoy, no están muertas, pero no pueden movilizarse como en esas décadas, ni seguir partidos políticos ideados para ese tipo de masas o ese estado de las masas. Hoy están dispersas, diseminadas en los miles de lugares de trabajo, en sus millones de domicilios, con un enemigo vigilante de que no se reúna, de que no se corporice en las calles, que no se haga masa real, visible, actuante. Pero existe, en todos y cada uno de sus individuos. Ya no pueden haber superestructuras para ellas, como en los años 20 y 30, excepción hecha de aquellas construidas contra ellas. El enemigo está allí, precisamente, para eliminar cualquier superestructura de masa. Puede, evidentemente, corporizarse a través de hilos y nexos invisibles para el enemigo, pero ese es un combate, incierto en verdad, pero que el enemigo conoce y está dispuesto a dar. Las superestructuras secretas de la masa están, cuando menos, amagadas. La posibilidad que le resta es, simplemente, potenciar todos y cada uno de sus millones

de grupos, sus miles de millones de familias, sus núcleos urbanos y rurales, culturales y económicos, de todo tipo; todos y cada uno de sus incontables individuos, sus incontables sujetos políticos. Todo eso, simultáneamente. El enemigo no puede estorbar ni reprimir sus procesos interiores de desarrollo y fortalecimiento. No puede desarticular la reestructuración y superestructuración íntima de esos sujetos políticos. De esos millones y millones de sujetos políticos. Aun si cierra el sistema educacional. Aun si quema, en una sola hoguera gigantesca, todos los libros del mundo.

Nuestra visión de la tendencia histórica es que se está iniciando un período de reorganización y reactivación de las masas, ajeno a las superestructuras, que se basa en el fortalecimiento, desarrollo y creciente autonomía de todos los sujetos políticos del pueblo, fueren ellos individuos, o grupos de individuos. Nuestro proyecto histórico y político lo vemos acentuando, mediante un trabajo sistemático, esa tendencia central.

1. Las perspectivas de la economía chilena

El librecambismo económico de la era de la integración capitalista (no el victoriano del siglo pasado) puede contener, y contiene, un potencial desarrollista. La crisis capitalista actual exige el desarrollo de un cierto número de "satélites". El librecambismo implantado por los militares chilenos se beneficia de ese potencial (lo que se ha visto en el evidente saneamiento capitalista de la economía, y en las históricamente elevadas tasas de reactivación recientes), y se seguirá beneficiando, aunque no en un grado muy elevado, por no tratarse de un país clave económicamente, pese al ya notorio vanguardismo político anotado por Pinochet y sus boys, y porque el ciclo de fundación de colonias industriales (como Formosa o Corea del Sur) se ha cerrado, económicamente hablando. Chile no podrá, por su estructura y el tiempo en que surge como "Pariah State" montar un parque industrial capaz de operar a escala internacional como una economía exportadora que pueda sostener el efecto recesivo que genera el capitalismo internacional en economías débiles cuando se integran librecambistamente. Las exportaciones tradicio-

nales han demostrado históricamente que ellas tampoco pueden equilibrar ese impacto recesivo. Pero el desarrollo puede mantenerse por un plazo mediano (favorecido por un trato condescendiente de parte de la banca internacional, tan sensible hoy al fenómeno político mundial), mientras el efecto de una gran oferta de mercancía de todo tipo y de todos los países en el mercado interno chileno, puede incluso desatar una dinámica local marginal, en el área del capital comercial y financiero, capaz de producir ilusiones extra de desarrollo (con efectos sobre las capas medias). La contradicción inherente al librecambismo chileno -pese a estar morigerada por la banca mundial-, se manifestará crecientemente en el área monetaria, en el precio del crédito y en la tasa de cambio, fundamentalmente por el alza continua del valor de las importaciones. Junto a la mantención de las tasas de desarrollo alcanzadas, cabe esperar entonces el surgimiento de problemas de ese tipo, con incidencia en la tasa de la inflación. No cabe esperar, ciertamente, una crisis. Por el contrario, precisamente el surgimiento de problemas incómodos como éstos, impulsarán al gobierno a buscar una fórmula de integración económica mayor con los países de las llamadas cuencas del Plata y área de Capricornio (una guerra entre Chile y Argentina sería absurda desde el punto de vista capitalista), ya que Chile está económicamente aislado desde un punto de vista productivo. Su vinculación al bloque de los "Pariah States", políticamente importante, es económicamente inútil para él. No es previsible, pues, ni un colapso económico, ni una recesión crítica.

2. Las perspectivas políticas de la burguesía y las capas medias

El plebiscito reciente, que legitima e institucionaliza el caudillaje de Pinochet por casi dos décadas más, denota que el proceso llamado de institucionalización política del régimen (centro del debate y de la reflexión políticas desde 1976 a 1980), largamente prolongado por el régimen mismo, se cierra, adoptando una

forma que es, sin lugar a dudas, la mejor de las alternativas que se le presentaban cuando ese proceso estaba aun abierto. Los militares seguirán gobernando, bajo la forma autocrática del caudillismo pinochetista y su policía secreta de apoyo. Esta solución institucional (que irá acompañada de las famosas 7 ~~modernizaciones~~) no involucra ningún cambio en el privilegiamento económico para las secciones burguesas. La diferencia está en que, si esas secciones burguesas esperaban del proceso de institucionalización obtener una cuota de gobierno efectivo (aparte del goteo en sus bolsillos), la caudillización institucional de Pinochet frustró esas esperanzas como quiera que hubiesen sido. Este hecho paraliza, aun por un largo tiempo más, el frenado proceso de circulación de las élites burguesas por la cima del poder político, esto es, por el gobierno. Sólo tendrán acceso a posiciones administrativas de relevancia, pero sujetas al fin, a los esquemas decididos en esferas distintas a los cenáculos burgueses civiles. Tal vez sería mucho hablar de frustración política de la burguesía, pero sí es claro que las secciones y estamentos burgueses se sitúan subordinadamente bajo ese centro de poder tecnocrático-militar, y aun más, a lo largo de una escala decreciente de participación y beneficio de los grandes excedentes que está arrojando el modelo. Ciertamente, las cliques políticas -como el grupo Frei- se sitúan en escalones más bien bajos, cerca de gremios inferiores como los pequeños comerciantes y aun los camioneros, mientras las cliques tecnocráticas -grupos universitarios- y los grupos económicos más fuertes, tienden a situarse en planos superiores. El escalonamiento de la burguesía, consolidado por el triunfo pinochetista, pone a la orden del día el conflicto vertical de la burguesía, cuyo desarrollo dependerá fundamentalmente de la capacidad del proceso económico para integrar el máximo de escalones inferiores al desarrollo librecambista general. Al parecer, en esto, el modelo no tendrá sino un éxito parcial. El pronóstico más probable será, tomando en cuenta la probable evolución del problema monetario y cambiario, que los tramos inferiores de la jerarquía burguesa aumentarán su sentido de frustración política y económica, lo que ge-

nerará en ellas la necesidad de buscar "otras masas", oportunísticamente. En cuanto a las capas medias, resulta evidente su jibarización numérica y cierto nivel de proletarización. No obstante, la tendencia parece ser un relativo conformismo del estrato asalariado (impresionado por el consumismo y el temor), una creciente frustración del estrato propietario y una creciente radicalización de aquellos segmentos afectados directa o indirectamente por la represión o/y la cesantía. Es absolutamente urgente estudiar este sector (que enajenó su apoyo al proletariado en etapas cruciales del gobierno de Allende, rompiendo su propia tradición de los años 20, 30, 40 y 50) y elaborar una adecuada teoría descriptiva del mismo.

3. Las perspectivas de las secciones del pueblo

La clase obrera, también parcialmente jibarizada en su población activa (en las fábricas), ha iniciado un proceso de reconstitución y reorganización aprovechando la prudencia represiva de la Junta Militar hacia la superestructura sindical e imponiendo, también, mediante un nuevo tipo de lucha, algunas de sus exigencias. Podría decirse que la clase obrera se ha movilizado hacia la re-institucionalización sindical, siguiendo, en alguna medida, tácticas tradicionales. La dictadura ha permitido o mejor dicho ha concordado con la idea de re-institucionalizar, pero dentro de los términos de su conveniencia (expresados en el Plan Laboral); y esos términos paralizan la movilización obrera precisamente en los marcos de esa nueva superestructura. El espacio de movilización es claramente controlable, pero, con todo, es un pequeño espacio, cuyo aprovechamiento imaginativo debe ser utilizado al máximo (entendiendo por "imaginativo" el desarrollar la funcionalidad no prevista por los legisladores de ese Plan). Es un espacio que, naturalmente, ellos pueden cerrar cuando quieran, si prueban sus disfuncionalidades ocultas. Los cabezazos que se ha dado el proletariado contra las barreras del marco "legal", y los que aun se puede dar, no tendrán otro efecto previsible que hacer comprender al proletariado que la táctica de utilizar ese camino (construido tramposamente por su enemigo) no

es el mejor, que es necesario buscar otros caminos adicionales. Creemos, ciertamente, que los hallará, ya que son caminos que conducen primero, hacia el resto de las secciones del pueblo, para luego reorientarse mejor.

En cuanto al sub-proletariado, hoy extraordinariamente incrementado, la situación se presenta de un modo diferente: es el sector más masiva y sistemáticamente reprimido; es el resultado mismo del alza desmesurada de la cesantía en el seno del pueblo; es el que vive día a día en carne propia la desnudez institucional y la desesperanza de las superestructuras. Dada esta situación, es él que tiende naturalmente a potenciar sus sujetos políticos individuales y grupales, creando una mínima y a ras-de-tierra institucionalidad popular no sujeta a códigos burgueses. Es el mejor terreno, por ahora, para la recreación de las prácticas políticas (como lo fue también, en cierto sentido, entre 1960 y 1973) y para el florecimiento de las ideas de refresco, la cultura proletarizada en los hechos (no sólo en los estilos) y la solidaridad integral. Esta situación, real a toda mirada objetiva, no implica ni obliga a renunciar a ningún postulado teórico tradicional (por ejemplo, el rol natural de vanguardia que le cabe al proletariado). Hoy, que todas las vanguardias están en jaque, se valorizan las retaguardias, como este terreno tan intensamente proletario del sub-proletariado. Por ahora, la recreación tiende a producirse allí. Mañana, será en todas partes. En ~~cuanto~~

En cuanto al campesinado, todas las evidencias muestran su introversión, su mutismo. No puede extrañar, si desde 1960 fue provocado desde fuera por una reforma agraria burguesa, y desde 1970 estimulado desde fuera para una ocupación de tierras por los revolucionarios, para ser ferozmente reprimido y mutilado, otra vez desde fuera, desde 1973. No puede extrañar su introversión y su mutismo: ha sido sucesivamente engañado por todos, o por casi todos. No es posible prever allí una reanimación política en el corto plazo. Pero sí se visualiza la tarea, lenta y pedregosa, de vitalizar su

confianza en sí mismo, de potenciar su ser de clase y su en-sí de clase. Quizás, es la más necesitada de las secciones del pueblo.

La juventud, cuyo universo político no se remonta más atrás de 1973, sensible, inquieta, creativa y audaz; conmovida por el drama social, dinamiza su acción, se fusiona y organiza. Busca derroteros, caminos que la lleven a zafarse de la opresión. En su constante búsqueda converge con el pueblo, tiende a sumergirse en la masa del pueblo, coordina su acción con otros sectores, actuando como punto de lanza. En ella se da también una base de recreación.

4. Las perspectivas de la izquierda

No cabe duda que la izquierda necesita reajustar su proyecto histórico, en el sentido de buscar una nueva forma de comunicación con el pueblo, respetando y estimulando la creciente autonomía que el pueblo muestra. La antigua conducción superestructural debe dejar paso a un accionar al interior de los múltiples sujetos políticos de la masa. El vibrante discurso político para masas, vociferante y grandilocuente, la misma teoría convertida en un sistema de slogans propagandístico, debe dejar paso a un lenguaje más coloquial, más interactivo, más familiar, pero también más riguroso y concreto en la aprehensión y conceptualización de la realidad; es decir, que exprese el sentido común y una mayor cotidianeidad. La izquierda debería ahora intentar desde la base el desarrollo de una cultura solidaria, uno de cuyos elementos centrales será, a no dudarlo, un adecuado diseño de las relaciones solidarias, de las relaciones humanas interpersonales, de compañeros (aspecto tan descuidado por las ideologías superestructuralistas y abstractas del pasado). Sólo a través de eso podrán tejerse relaciones sólidas, cálidas, que integren firmemente no sólo a los hombres concientes, los "cuadros" masculinos, sino la mujer, los jóvenes, los niños. Sólo si se fortalecen las relaciones solidarias a ese nivel, tendrán los grupos y las instituciones populares la cohesión absoluta que se requiere para ejercer en mayor escala la presión autónoma de las masas. Jamás las puras ideas abstractas consolidan las bases íntimas del pueblo, por más explotado que esté. Esta necesidad, que lentamente se va sintiendo

en todos los sectores, producirá un lento volcamiento de las bases hacia el corazón de las masas, imponiendo otro sentido a los periódicos de izquierda y a las acciones de agitación y propaganda. Sobre este lento movimiento de fondo, la izquierda podría encontrar el camino para sacar a la clase obrera de su embotellamiento en la superestructura rígida del actual Plan Laboral; para desarrollar las múltiples pequeñas proyecciones que palpitan en el seno del sub-proletariado, para enriquecer internamente el mutismo triste del campesinado y para multiplicar la inquietud recreativa de la juventud. En la medida en que estos movimientos lentos se vayan produciendo, nuevas y nuevas acciones de resistencia directa o indirecta irán surgiendo espontáneamente desde las bases, hasta llegar a aglularlas mejor como para ~~entrever~~ otras de mayor escala y más coordinadas. Es claro que algunos partidos insistirán en mantener tenazmente sus esqueletos orgánicos y el accionar clásico, pero grupos intra o extra partidarias se sumirán crecientemente en las masas, en un proceso de convergencia tácita, que puede necesitar, como no, de acuerdos explícitos o desarrollo de "frentes", o de definidas formas orgánicas. Lo que importa es perfilar con total claridad el rumbo que toma el pueblo, el proyecto histórico reajustado que tiende a surgir de las bases, el reformulamiento de los discursos políticos que eso exige, las necesidades de diseñar cuadros de relaciones de solidaridad sólidos en la base, las instituciones del pueblo que es preciso impulsar, las publicaciones y el tipo de contribuciones que es preciso difundir. La crisis de la izquierda pudo alcanzar, en ciertos momentos, un feo rostro; pero su aparente gravedad y horripilancia se ve de sobra sobrepasada por la posición nítida en que está el pueblo y por su movimiento espontáneo a desarrollarse interna y autónomamente. Por esto, esa crisis tenderá a deslizarse en la dirección marcada por el pueblo mismo. Las vanguardias están siendo conducidas, y lo seguirán siendo hasta salir del atolladero. Observar al pueblo no sólo permite retomar el apoyo firme de un fundamento sólido, también, por sobre las ~~las~~ nubes actuales, permite mirar con optimismo la evolución futura de la izquierda chilena. El surgimiento de una vanguardia de nuevo tipo.

5. Criterios y líneas de acción

Lo anterior, en cierto modo, define un criterio general para la acción. Es, desde luego, un criterio para producir un cambio de actitud y una reubicación de los sujetos políticos. No es, ni podría ser, el fundamento de un nuevo programa (~~¿~~), ni mucho menos un programa mismo. Es un criterio que plantea retornar al pueblo, reconocer la realidad, promover el fortalecimiento y el desarrollo de las raíces -las millones de raíces del pueblo, que comienzan en el interior de uno mismo-, aceptar la creciente autonomización de las bases y fomentarla. Es un criterio que surge limpiamente del reconocimiento de la ruptura histórica de 1973 y la por ahora dificultad o imposibilidad de existencia de superestructuras populares visibles y equiparables a las burguesas. Ya no es posible, para el pueblo de base, la guerra o el ajedrez de las superestructuras. A diferencia de antaño, no es un criterio que llama o anuncia la formación de un nuevo partido proletario, de un añadido a las superestructuras nacionales. No sugiere soluciones organicistas, en lo inmediato, aunque por principio incluye la necesidad, cuando la oportunidad llegue, de crear un partido revolucionario. De ese criterio se desprende que lo orgánico es en lo inmediato secundario frente al imperativo de reordenamiento en la base y de cambio de actitud política. La secundariedad de lo orgánico es, si puede ser visto como deficiencia, resultado por la tendencia autonomista de las masas, por el hecho de que, en la coyuntura, las vanguardias o formas orgánicas existentes o nacientes, serán y deberán ser conducidas. ¿Significa esto la pasividad de la "masa disidente" en tanto que "conjunto político"? No, ciertamente, porque la validación de un criterio central como éste determina automáticamente la emergencia de "tareas" mínimas que no pueden ser eludidas. ¿Es necesario enumerar estas tareas mínimas? Hagámoslo.

a) Abrir el debate en las bases de la izquierda, en un cuadro de solidaridad, defendiendo la posición de retorno al pueblo, estimulación de su creciente autonomía, de lectura directa y científica de la realidad concreta.

b) Multiplicar el trabajo de solidaridad con el pueblo chileno, privilegiando el desarrollo de sus bases y la resolución de sus problemas concretos.

c) Insistir sistemáticamente en el desarrollo personal o de grupos como sujetos políticos, pero no sólo como sujetos "intelectuales" (aunque también en ello es preciso elevar permanentemente la calidad científica de los análisis), sino también como entes solidarios consigo mismo, con la familia; con los amigos, con todos los compañeros. Es preciso cultivar y perfeccionar racional pero cálidamente las relaciones solidarias en la base, en todas las bases del pueblo. El rol de la mujer y de los hijos debe ser permanentemente corregido o reconstruido o desarrollado en ese contexto.

d) Detectar y ahondar todas y cada una de las contradicciones enemigas, particularmente aquellas que los dividen. En la situación actual, esas contradicciones alcanzan un valor táctico fundamental. En este sentido, es una tarea primordial precisar nuestro conocimiento del problema de la "oposición burguesa", de las "capas medias" y de los movimientos religiosos. No es posible ser fanáticamente ciego (por "purismo ideológico") ante realidades como éstas y otras.

e) Apoyar todas y cada una de las acciones que emprendan las masas.

f) Impulsar la convergencia de la izquierda hacia el movimiento que surge en las bases. Toda discusión de perspectivas orgánicas a corto y mediano plazo debería producirse al interior y sólo al interior de ese tipo de convergencia.

g) Discutir formas organizacionales provisionales que permitan a las masas disidentes y a las bases en autonomización avanzar mejor en la dirección señalada, sin necesidad de verse entrampadas en una organización de viejo cuño o con pretensiones de definitiva. Su transformación futura en algo superior, debe entrelazarse, pero no convertirse en la orden del día. Sólo de las masas podrán surgir las formas organizacionales (o re-nacer re-fortalecidas) que serán llamadas a jugar roles decisivos en la revolución.

No podrían ser de otro modo, creemos, las perspectivas desde una forma seminal (la nuestra), desde el pueblo y desde su historia.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA E INTEGRADA

A. De autoría colectiva

1. Secretariado del Grupo Local Suecia

"Sæis proposiciones acerca de la situación del M.I.R."
Estocolmo, Abril 1980

"El desempeño táctico del M.I.R. en la primera etapa
del período actual", Estocolmo, Octubre 1979

"Aproximaciones a la táctica global del M.I.R."
Estocolmo, Octubre 1979

2. Base local de Uppsala (Suecia)

"Conclusiones sobre las formas de lucha y organización
del movimiento de masas en el actual período"
Uppsala, Octubre 1980

"Nuevo período: cambios radicales en la política del M.I.R."
Uppsala, Octubre 1979

"Institucionalización del Estado de Excepción, o por donde
más aprieta el zapato"
Uppsala, Abril 1980

3. Base local de Malmö (Suecia)

"Movimientos de masas: sus formas de lucha y organización:
las formas militares"
Malmö, Julio 1979

"Documento sobre la táctica del partido"
Malmö, Julio 1979

4. Base Máximo Gedda (Estocolmo, Suecia)

"Carta Abierta"
Estocolmo, Julio 1980

"Acercas de las relaciones"
Estocolmo, Octubre 1980

5. Grupo local Caracas (Venezuela)

"Aportes para la discusión sobre la situación chilena e
internacional", Caracas, 1980

"Coyuntura de Septiembre de 1980"
Caracas, 1980

6. Grupo local París (Francia)

"Estado militar, acumulación y bloque en el poder, o el
orden que reina en Santiago", París, 1980

"El problema de la organización y su mistificación"
París, Junio 1977

"Sobre el camino de constitución de la nueva izquierda"
París, 1977

"Notas sobre la crisis de la izquierda chilena"
París, 1980

7. Grupo local Holanda

"Boletín Arnoldo Ríos"
Amsterdam, 1979

8. Base Ignacio Ossa (Hull, Inglaterra)

"De los caminos del Pueblo: alternativas de la izquierda revolucionaria. Chile, 1980"
Hull, Abril 1980

B. De autores individuales

1. Jaime Torres "Observaciones críticas sobre la forma del Estado y la acumulación de capital en el desarrollo capitalista chileno reciente"
San Cristóbal (Venezuela), Junio 1980
2. Héctor Vega "Problemas planteados por la convergencia democrática en Chile"
París, 1978
3. Manuel Antivil "El exilio, el asunto sindical, los mapuches, el partido y la política de retorno"
Cambridge, (Inglaterra), Marzo 1980
4. Victor Toro "Cartas al Partido (C.P.)"
La Habana, 1979
"Boletín Miguel Enríquez"
La Habana, 1980
5. Gabriel Salazar "Algunos aspectos fundamentales sobre el desarrollo del capitalismo en Chile"
Santiago, Marzo-Mayo 1976
"Estado Monopólico y Estado de Excepción: análisis crítico de los conceptos relevantes en la táctica del M.I.R."
Hull (Inglaterra), Junio 1977
El conflicto político de la burguesía chilena. Una introducción histórica"
Hull (Inglaterra), Octubre 1979

- "El contexto internacional del caso chileno"
Hull (Inglaterra), Octubre 1979
6. Alejandro Romero "Acerca de los métodos y estilos de dirección"
La Habana, 1978
- "Carta al Comité Central del M.I.R."
La Habana, 1980
- "Concepción del Partido Revolucionario del Proletariado"
La Habana, 1980
- "Anexo sobre discusiones en el Comité Central"
La Habana, 1980
7. R.A. Valdés "Alternativa o Alineamiento: el dilema de la revolución latinoamericana"
Amsterdam (Holanda), Marzo 1980
-

2